



**13<sup>a</sup> DISERTACION  
EN MEMORIA  
DE McDOUGALL**

**Su Excelencia**

**Bruno Kreisky**

**Roma  
7 noviembre 1983**

Cuando hace muchos meses el Director General de la FAO, Dr. Edouard Saouma, me invitó a pronunciar la Disertación en memoria de McDougall, ocupaba todavía mi cargo de Jefe del Gobierno austriaco. Señalé entonces que no estaba seguro en modo alguno de que siguiera siendo Canciller General cuando llegase este momento. El Director General Sr. Saouma respondió que la invitación no estaba necesariamente vinculada a mi cargo, y la reiteró después de mi dimisión. Con toda franqueza, estoy muy contento de tener esta oportunidad, porque durante toda mi carrera nunca pude evitar el abrazar determinadas nuevas corrientes de pensamiento, aun cuando en un principio no hubiese posibilidad alguna de llevarlas a la práctica.

En mi larga carrera política he aprendido sobre todo una cosa: en política como en otros terrenos las ideas deben formarse y propagarse mucho antes de que los tiempos estén maduros para su aplicación. Luego

un día llega el momento en que pueden ponerse en práctica de una forma u otra. Mucho de lo que se pensó y soñó acerca del estado social en los años treinta no se hizo realidad hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Era aún muy joven - me excusarán ustedes un recuerdo personal - cuando tuve la buena suerte de poder participar en el Congreso de la Internacional Socialista de 1931, de mensajero, por así decirlo. Mi trabajo era devolver los paraguas que olvidaban los delegados y encargarme de que los lápices sobre sus mesas estuviesen bien afilados. Naturalmente lo hacía a fin de poder escuchar los discursos que pronunciaban los grandes hombres del socialismo democrático.

Era en medio de una grave crisis económica mundial que el jefe espiritual de la socialdemocracia austriaca, Otto Bauer, concibió la magnífica idea de combatir la crisis en Europa central iniciando un sistema de préstamos internacionales que los países más ricos, principalmente los Estados Unidos de América y Francia, concederían en beneficio de los países centroeuropeos más afectados y de este modo sería posible no sólo superar la crisis económica

mundial sino también salvar la democracia. Otto Bauer previó que la destrucción de la democracia en Alemania significaría el fin de la democracia en Europa central, y conduciría inevitablemente a la Segunda Guerra Mundial.

En aquel momento, un plan internacional de créditos en gran escala no sólo hubiese ayudado a los estados industrializados europeos a superar la crisis, sino que también hubiese dado lugar a una modernización de los medios de producción en Europa oriental y acelerado el proceso de acumulación original - para utilizar una expresión de Karl Marx - proceso que en muchos países de Europa oriental se inició a costa de grandes sacrificios tan sólo después de la Segunda Guerra Mundial. Esta idea del austriaco Otto Bauer tuvo su espléndida resurrección y expansión en el llamado Plan Marshall, naturalmente con ciertas modificaciones y utilizando técnicas que eran imprevisibles en detalle en 1931.

Hay algo más que quisiera mencionar en ese contexto: el hecho de que una idea no se traduzca inmediatamente en realidad tiene la ventaja de que con el tiempo atrae tanto apoyos como críticas. Así ocurrió con las ideas que expuse en discursos pronunciados ante las Naciones Unidas, y por último

ante la Tercera Conferencia General de la ONUDI el 31 de enero en Nueva Delhi. Estas ideas han sido criticadas y descritas como económicamente erróneas, pero también ha habido hombres y mujeres eminentes que les han dado su apoyo o, lo que es quizás más importante, las han repensado de nuevo y de manera independiente. En qué medida tales ideas están ganando terreno lo pone de manifiesto el hecho de que el Premio Nóbel de Economía Leontief, que obtuvo el galardón en 1973 y es Director del Instituto de Análisis Económico de la Universidad de Nueva York, desarrolla unas ideas parecidas a las que yo he seguido durante bastante tiempo. Escribe lo siguiente:

"Ante la gran sorpresa de los autores del informe, muchos de los países menos adelantados tuvieron un rápido despegue económico ... ¿Cómo ocurrió?... Los bancos abrieron sus bolsas y prestaron a los países menos adelantados todo el dinero que podían utilizar en inversiones productivas.

... en un programa estatal como el Plan Marshall ... Existe, sin embargo, otro modo ... Las democracias occidentales deberían ayudar a los bancos y a sus clientes a proseguir la buena labor iniciada. ... la inauguración, si bien con mucho retraso, de un

Plan Marshall de alcance mundial. Este podría combinar la garantía de préstamos bancarios viejos y nuevos - a condición de que los tipos de interés se redujeran lo suficiente - con una sustancial asistencia directa a las zonas más pobres."

Déjenme ir incluso más lejos. La "Neue Zürcher Zeitung", periódico próximo al mundo industrial y bancario suizo, escribía el 28 de septiembre del presente año que incluso la Comisión Trilateral había mostrado en algún caso cierta amplitud de miras y comprendía las relaciones existentes entre el Primer y el Tercer Mundos. Sólo quisiera decir que puedo imaginarme muy bien la realización de una síntesis de todas estas ideas, bastaría para ello que pudiésemos decidir dónde debían tener lugar los procesos decisorios pertinentes.

A este respecto quisiera añadir asimismo que soy muy consciente de que los estados comunistas no tienen ningún deseo de participar en estas actividades, como se puso de manifiesto en la Cumbre de Cancún. La cuestión que se nos plantea es cómo poner en práctica estas ideas. El único modo que veo es que algunos países con una misma concepción elaboren y apliquen un modelo basado en el ejemplo de un proyecto concreto.

Permítanme recapitular las ideas que he estado proponiendo durante más de dos decenios. Creo, y he creído siempre, que la ayuda al desarrollo tal como se ha practicado durante muchos años no permite un desarrollo orgánico y estable de los recursos económicos de los países interesados. Mucho antes de la crisis del petróleo, por ejemplo, sostuve la opinión de que los países en desarrollo tenían que llegar a un sistema ferroviario continental como el que tenemos en Europa, y que estos proyectos gigantescos podían realizarse tan sólo mediante planes multilaterales.

Como sabemos por experiencias anteriores, estas actividades hubieran dado trabajo a centenares de miles de personas. Los que hubiesen encontrado empleo de este modo habrían considerado el problema del hambre con ojos distintos a los de millones de parados. Semejantes empresas habrían sido necesarias para dotar a los países en desarrollo de agua y energía así como de modernos sistemas de telecomunicaciones. Para decirlo en pocas palabras: los países del Tercer Mundo son incapaces de crear por sí solos la infraestructura que necesitan para desempeñar su papel en la división internacional del trabajo con arreglo a sus posibilidades.

Solamente podrán hacerlo quienes posean infraestructuras más o menos satisfactorias, y entre éstas deberán figurar naturalmente sistemas modernos de formación profesional adaptados a las condiciones del lugar. Será su única posibilidad de aprovechar del mejor modo posible los servicios de crédito de que dispongan. En una reunión como ésta no es preciso que cite ejemplos concretos para explicar la importancia de tales medidas.

Al tomar medidas internacionales de infraestructura de tanta trascendencia sería naturalmente imposible aplicar las normas actualmente vigentes en el campo del crédito internacional. Cuando alguien habla de los problemas de financiar este proyecto mundial, no puedo sino señalar que, según el Instituto de Investigaciones sobre la Paz de Estocolmo, durante 1982 se gastaron en armamentos entre 700 000 y 750 000 millones de dólares. Tan sólo una séptima parte de esa suma bastaría para ejecutar dicho Plan a la escala más grandiosa.

Los costos directos de una persona sin trabajo en Austria ascienden aproximadamente a 7 000 chelines mensuales, equivalentes a 400 dólares EE.UU. Austria ocupa un lugar más o menos intermedio en la pirámide de ingresos de los países occidentales, también en

lo que respecta a las prestaciones especiales. Por consiguiente, podemos partir del hecho de que 35 millones de parados suponen unos gastos mensuales directos de 14 000 millones de dólares. Huelga decir que, además de esta suma, se producen otros importantes costos sociales debidos a la pérdida del factor de producción "trabajo", que constituyen al menos otra suma análoga, de modo que la pérdida total puede estimarse en alrededor del doble de la suma antes indicada.

En este contexto quisiera hacer otra observación. Las críticas formuladas contra estas ideas no son nuevas. Me recuerdan mucho las voces discrepantes que se alzaron cuando Keynes propuso sus ideas para combatir la crisis. Procedían por igual de la derecha y de la izquierda, pero me abstendré de comentarlas y me limitaré a indicar algunos puntos.

El sólo hecho de denominar esta idea un nuevo Plan Marshall basta para suscitar la oposición de la izquierda. Dicen que el Plan Marshall no estuvo inspirado por consideraciones humanitarias, lo que es cierto, y por ello fue tan eficaz desde el punto de vista de la política práctica. Elegí este nombre con el propósito de despertar ciertos recuerdos.

Otra objeción es que esta política costaría dinero, y habría de seguirse a fondo perdido. También eso es cierto, pero ¿qué puede significar cuando se compara con los enormes gastos en armamentos? Considerando el hecho de que hay 35 millones de parados en los estados industrializados modernos, me pregunto si podemos aún permitirnos una política cíclica a largo plazo que, como oí hace poco en un coloquio en Lieja, conducirá inevitablemente a que queden desiertas, no sólo las fábricas, sino también las oficinas.

Este paro gigantesco impone cargas financieras enormes a los países industriales modernos, cargas que, según se estima, ascienden a 168 000 millones de dólares anuales.

Lo que los críticos pasan por alto es la necesidad imperiosa de combatir los fenómenos de esta crisis en los estados industrializados de muchas maneras distintas, y su argumentación hace caso omiso del impacto dinámico de las medidas cíclicas en el crecimiento económico. Cuando objetan que ello podría significar el mantenimiento de estructuras anticuadas durante un cierto tiempo, no tienen en cuenta que sin duda es mucho más fácil planear cambios estructurales cuando se trabaja a capacidad parcial que en una situación de colapso total. Uno de mis asesores

económicos lo ha formulado de este modo: "Incluso una política cíclica a corto plazo tendrá efectos secundarios dinámicos."

Mis críticos de izquierdas tienen una opinión muy negativa del papel que desempeña el capital extranjero en el desarrollo económico y social de los países del Tercer Mundo. Pero es precisamente porque soy tan escéptico como ellos que me he decidido a abogar por este plan mundial. Sabemos por experiencia práctica que el desarrollo infraestructural tiene efectos muy positivos, y que es el requisito previo para que se den condiciones favorables al crecimiento económico.

Quisiera hacer pues algunas observaciones sobre la actual situación económica mundial, y en concreto una de índole político-psicológica:

Creo observar cierta tendencia a declarar que realmente no existe ninguna crisis y no hay que dramatizar las cosas. Creo que esto se debe a la incapacidad de acabar con el paro en un período de supuesta prosperidad incipiente. El origen de todo ello son los debates de los economistas sobre cómo definir la crisis.

Tan sólo puedo repetir lo que la experiencia me ha enseñado, o sea, que una crisis como la actual - y yo he vivido ya una extremadamente grave - no puede superarse con medidas económicas sino tan sólo con métodos políticos. Fue el gigantesco rearme que Hitler puso en movimiento, y que gradualmente fue imitado en los países democráticos, lo que permitió salir de la crisis. Fue la guerra lo que acabó con la crisis. Los teóricos podrán explicarlo de diferentes maneras pero mi explicación es ésta. Conocemos el final político de la crisis, y resultó ser una pesadilla.

La crisis actual no tiene por qué acabar en una pesadilla, pues es posible poner término a toda crisis. ¿Qué otras opciones existen además de los armamentos? Hoy es evidente que los armamentos no pondrán fin a la crisis. En la fase de desarrollo económico que hemos alcanzado, la producción de armamentos a menudo corre paralela a la producción económica, y no afecta al ciclo económico general.

Vivimos en una sociedad caracterizada por la capacidad de producir una enorme cantidad de bienes, y si esa capacidad no se aprovecha, si no podemos decir como podría utilizarse, si no podemos dirigir nuestros pensamientos más allá de las nuevas

tecnologías y los productos modernos hasta abordar las cuestiones de la redistribución a escala mundial, entonces no podremos devolver al trabajo a los 35 millones de parados de los países occidentales industrializados.

En su reciente publicación "Employment Outlook" (Perspectivas sobre el empleo), la OCDE afirmó que la sola evolución demográfica haría que fuese preciso crear de 18 a 20 millones de puestos de trabajo en los países industriales de occidente entre 1984 y 1989. La creación de estos nuevos empleos no serviría más que para mantener el elevado nivel actual de paro. Les ofreceré una imagen más gráfica: aunque cada día se crearan 20 000 nuevos puestos de trabajo en los países industriales, millones de personas seguirían sin empleo. Eso ilustra la magnitud de la tarea que debemos acometer hoy en los países industriales.

En los últimos años los países industriales de occidente han inyectado grandes cantidades de capital en los países en desarrollo a través de los cauces usuales del crédito en los mercados de capitales. Según estimaciones moderadas, la deuda de los países en desarrollo es actualmente del orden de los 700 000 millones de dólares EE.UU. Sólo los intereses

superan con mucho los 70 000 millones de dólares. El sistema bancario está procediendo ahora a fijar nuevos plazos a la deuda, lo que significa que ésta se ve aumentada por intereses adicionales, y que éstos son más elevados a causa del mayor riesgo.

No es ésta claramente la solución del problema. Seamos sinceros: los países industriales habrán de dar por perdido gran parte de ese dinero. Si la suma en cuestión no es más de una tercera parte de la deuda total, entonces ascenderá, según los valores actuales, a 233 000 millones de dólares EE.UU.

Pero no nos servirá de nada dejar que estos países se hundan más en la deuda y la miseria económica. El ex Secretario de Estado de los EE.UU. Henry Kissinger fue uno de los que señalaron que estos países podrán pagar sus deudas únicamente si entra en ellos más capital del que sale. Hizo además hincapié en que todos los países industriales habrían de aportar su contribución a fin de evitar la aparición de condiciones tales que fomentasen sentimientos antioccidentales entre amplios sectores de la población.

Ya he mencionado que el Premio Nóbel Vassily Leontief puso de relieve en un artículo reciente titulado "Por

un Plan Marshall II", que la acción concertada de las democracias occidentales era la única respuesta a la crisis del endeudamiento.

¿Qué podemos hacer? Podemos proporcionar ayuda masiva y aplicar proyectos de infraestructura en los países del Tercer Mundo construyendo centrales de energía eléctrica, desarrollando el sistema de transporte y ejecutando proyectos similares que deberían formar parte de un plan internacional en gran escala.

La cuestión esencial es aplicar un plan en gran escala que entrañe un alto nivel de cooperación política. Mediante un proyecto de esta índole los países industriales democráticos podrían desplegar toda su fuerza política y desarrollar un tipo de cooperación que muchos se mostrarían renuentes a abandonar.

Desearía ahora recordarles un factor que ha tenido una repercusión nada insignificante en las economías de los países industrializados durante los últimos años, concretamente el comercio este-oeste. Durante los momentos más álgidos de la guerra fría nadie creía que llegaría de nuevo un día en el que la cooperación económica entre los Estados comunistas y

los países industrializados de occidente llegaría a ser importante para el comercio mundial en su conjunto.

Sin embargo, en el período comprendido entre 1950 y 1980 las exportaciones de la zona de la OCDE a los países del COMECON pasaron de 770 millones de dólares a 42 400 millones de dólares. Durante el mismo período las importaciones de los Estados occidentales procedentes del bloque oriental pasaron de 1 100 millones a cerca de 43 000 millones de dólares. Por supuesto, en términos reales este aumento es muy inferior al que estas cifras parecerían indicar. Pese a ello, demuestran que los años sesenta y comienzos de los setenta se caracterizaron por una expansión en pleno auge.

Durante la primera mitad del decenio de 1970, las importaciones del grupo del COMECON aumentaron más de un 30 por ciento al año, y las exportaciones se incrementaron en 22,5 por ciento. Por razones bien conocidas, que no necesito examinar aquí, este intercambio de mercaderías ha comenzado recientemente a estancarse. Sólo deseo señalar a la atención de ustedes las considerables posibilidades de desarrollo

económico que ofrece el intercambio intensificado de mercancías una vez establecido el clima político adecuado.

Podría sostenerse que la expansión del comercio constituyó la base de una política de distensión entre el este y el oeste, y que a su vez el clima de distensión contribuyó considerablemente a estrechar las relaciones económicas entre el este y el oeste.

Sin querer hacer un paralelo directo, estimo que los países industrializados deben comprender las oportunidades que les ofrece el desarrollo del potencial económico de los países del Tercer Mundo, las posibilidades comerciales que se abren ante ellos, la posibilidad de utilizar ciertas capacidades que no son debidamente explotadas en estos tiempos de crisis.

¿Qué pasos fundamentales deben darse a fin de crear las condiciones previas para alcanzar estos objetivos? Será necesario adoptar medidas en los sectores siguientes: transporte, energía, agricultura, riego, telecomunicaciones (es más fácil difundir informaciones por televisión que enseñar a la gente a leer para que pueda obtener la misma información de los libros), y por último el analfabetismo, hermana gemela del hambre y la necesidad.

Uno de los argumentos utilizados en este contexto es que las condiciones en que se aplicó el Plan Marshall en los países industrializados eran mucho más favorables, porque una inyección relativamente pequeña de capital bastaba para poner de nuevo en marcha a la economía. Efectivamente, era necesario transferir pocos recursos para restablecer las capacidades destruidas de los países industrializados tradicionales, pero debemos tener en cuenta que en esa época era necesario reconstruir la infraestructura y las industrias de estos países y que los Estados Unidos eran el único donante posible.

Mis propuestas están dirigidas exclusivamente a desarrollar las infraestructuras y los sectores agrícolas de los países del Tercer Mundo. En la agricultura, en particular, será necesario aportar un volumen relativamente pequeño de capitales en contraste con la densidad de capital necesaria para la infraestructura. Por supuesto, se necesitará mucho tiempo - mucho más tiempo que en el caso del programa de reconstrucción europea - para que estos países alcancen un crecimiento autosostenido, pero este hecho no puede ser utilizado como un argumento para impedir una acción inmediata por nuestra parte.

Algunos sostienen también que las soluciones a nuestros problemas cíclicos a corto plazo no pueden conciliarse con las necesidades de los países en desarrollo. En parte este argumento es, por cierto, válido, pero sólo en parte. La capacidad excedente de la industria del hierro y del acero es tan grande que incluso si, por ejemplo, fomentáramos decididamente la construcción de redes ferroviarias en los países en desarrollo, esta tarea no bastaría para utilizar esta capacidad plenamente. Por otra parte, nadie puede negar seriamente que un programa de construcción de esta índole contribuiría a aliviar nuestros problemas y que al mismo tiempo tendría efectos positivos en el Tercer Mundo. Y como de todas maneras tenemos que reestructurar nuestras economías, y las nuevas industrias de alta tecnología no proporcionarán en forma alguna un número suficiente de empleos para la gente de los países industrializados, ¿por qué no esforzarnos por lograr reajustes orientados hacia la satisfacción de las necesidades de estos nuevos mercados del Tercer Mundo?

También se argumenta que los fondos de contrapartida no son instrumentos adecuados para ejecutar proyectos de infraestructura. Ya he dicho que debemos estar preparados para un largo período de

desarrollo y que, en consecuencia, lo que se necesitan son préstamos a largo plazo; pero no puede negarse que estos proyectos tendrán, directa o indirectamente, efectos positivos. En mi opinión, se trata de proyectos más importantes que los podrían realizar hasta ahora con arreglo a disposiciones normales de financiación comercial.

El papel desempeñado por el capital extranjero en estos países, y el concepto del desarrollo económico en que se basan mis ideas, han sido también objeto de severas críticas en ciertos círculos. Es tal vez cierto que nuestro modelo de desarrollo industrial no puede ser simplemente transferido al Tercer Mundo sin modificaciones. Pero la expansión de la infraestructura y el fomento de la agricultura son necesidades absolutas, incluso para economías cuyo crecimiento sigue pautas distintas.

Además, incluso en los proyectos de industrialización puestos en marcha en los últimos años, el fracaso de algunos de ellos no se produjo porque no era posible asegurar la producción industrial, sino simplemente porque no habían sido integrados de manera adecuada en las economías de los países interesados o porque no existía la infraestructura necesaria.

Mi objetivo no es exportar al Tercer Mundo un determinado modelo de sociedad y economía, sino preparar el terreno para atender las necesidades básicas de las poblaciones que viven en esos países.

A menudo los problemas del endeudamiento de los países en desarrollo se consideran sólo desde un punto de vista estrictamente financiero, señalándose a la atención las amenazas que pueden representar para el sistema financiero internacional y para nuestros bancos en particular. Mientras tanto, la incapacidad de esos países para pagar sus deudas ha tenido ya graves consecuencias. Lionel Olmer, Secretario Adjunto de Comercio de los Estados Unidos, ha declarado recientemente que las exportaciones de los Estados Unidos a los ocho países de América Latina, cuyo endeudamiento es mayor, disminuyeron de 14 400 millones de dólares durante los primeros seis meses de 1982 a 9 100 millones de dólares en el primer semestre de 1983. Llegó a la conclusión de que cerca de 250 000 trabajadores norteamericanos habían perdido sus empleos como resultado de las dificultades de reembolso de esos países y de las condiciones que les ha impuesto el Fondo Monetario Internacional.

Y así ha sucedido a pesar de la existencia de grandes mercados internos que hacen que los Estados Unidos sean prácticamente independientes de la demanda exterior. Pero las repercusiones son mucho mayores en los países de Europa occidental, que están obligados a obtener casi el 50 por ciento de su producto interno bruto gracias a las exportaciones.

Frente a esta crisis, y frente a la locura de la carrera armamentista que se ha apoderado de nosotros, no puedo pensar en otra posibilidad mejor que ésta. Qué hubiéramos hecho si los norteamericanos hubiesen dicho que no estaban dispuestos a reconstruir las instalaciones siderúrgicas o las fábricas de automóviles de Europa, porque algún día los europeos se convertirían en sus competidores más encarnizados, cosa que en realidad ha sucedido.

¿Qué clase de economía libre poseemos si en realidad tenemos miedo de esta evolución? Con este espíritu desearía hacer una observación final: No debemos dejar de lado el factor humano. Lo que cuenta no es solamente la exportación de bienes y recursos; debemos combinarla con la transferencia de conocimientos. Digo esto con cierta hesitación. Debemos tener la voluntad y ser capaces de integrar centenares de miles

de europeos (pensamos, por ejemplo, en el número excesivo de nuestros maestros) en este proceso económico de una manera inteligente. El "europeo odioso" no tiene por que ser una realidad, siempre que los europeos comprendan cada vez más las tareas inmensas, la necesidad de solidaridad y el desafío que tienen frente a ellos.

Tiempo atrás Europa enviaba a sus soldados. Hoy debemos enviar maestros y voluntarios que colaboren en el desarrollo. Estas son las grandes tareas que nos esperan. Incluso a un anciano se le debe reconocer la posibilidad de tener visión. En los días oscuros de nuestro pasado reciente tuvimos la fuerza de esa visión y esto nos permitió seguir adelante. Mi visión de hoy es que debe darse una nueva dimensión a la idea de la solidaridad internacional.

